

OÍR Y VER: FORMAS DE APROPIACIÓN DE LO ESCRITO

Cuando la mirada se detiene en la página escrita de un libro y comienza el proceso de descodificación del texto, el sujeto de la acción renuncia a su realidad circundante y penetra en un universo ajeno. A partir de ese momento se inicia una experiencia única que consiste en el vuelo de la mente. Se trata de una aventura prodigiosa: el lector se siente libre de ataduras espacio-temporales y capacitado para desarrollar al máximo todas sus facultades psíquicas. Tal estado de enajenación es descrito por Nicolás Maquiavelo con viveza: «[Cuando leo una obra,] me olvido de cualquier preocupación, no temo la pobreza, no me

angustia la muerte: todo mi ser se transfigura en los personajes» (1984: 426). Este ejercicio mental impagable es hoy una actividad poco cultivada por grandes sectores de la población; sin embargo, durante siglos ha sido un medio de perfeccionamiento y un factor de promoción social del género humano. Ambos logros son los que confieren al libro su dignidad en tanto que instrumento de comunicación.

La alfabetización fue una vía de penetración en un jardín cerrado para muchos y en un paraíso abierto para pocos. Su progresiva extensión ha sido y sigue siendo el resultado de un esfuerzo por conquistar la racionalidad y la imaginación como pilares fundamentales de la estructura mental de los individuos. Tradicionalmente el varón ha gozado de mayores facilidades para acceder al conocimiento de unas destrezas redentoras, la lectura y la escritura. En cambio, la mujer ha tenido que superar obstáculos de diversos tipos. Al margen de esta cuestión motivada por la diferencia de sexo, también ha influido la condición social de los potenciales lectores. Ambos factores deben ser tenidos en cuenta si se quiere reconstruir el panorama de las obras degustadas en la Corona de Castilla durante el siglo xv.